

VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria - IDIHCS/CONICET
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata

Indianismo e historiografía en la “república mundial de las letras”: narraciones del pasado, cultura y naturaleza en Ricardo Rojas

Andrea Pasquaré
Universidad Nacional del Sur

Resumen

Al conmemorarse los primeros cien años de la vida independiente, Ricardo Rojas emergió en el campo cultural argentino protagonizando un debate acerca de las marcas de la tradición argentina y sus vinculaciones con la americana.

De modo particular, atenderemos a su concepción de *la historia y el oficio del historiador* en la vida nacional argentina a través de sus ensayos *Cosmópolis* (1908), *La restauración nacionalista* (1909) y *Blasón de plata* (1912), presentes en sus reflexiones acerca de una política cultural genuina nacional. Entendemos que estas ideas fueron las articuladoras de un nacionalismo culturalmente mestizo y abarcador, que emanó de su particular apropiación del sentido unamuniano de “*intrahistoria*”, una historia “eterna”, siempre presente portada por los grupos, memorable, diseminada y perpetuada por actores anónimos a lo largo de los siglos, y emanada del lugar y la naturaleza. Este sentido de la historia le permitió a Ricardo Rojas forjar una representación de duración en el tiempo para la historia patria, una tradición sentida e imaginada por la comunidad –argentina– que se iba a referenciar, y lo llevará además a reflexionar acerca de las marcas de este pasado en la literatura y la lengua nacional y su imbricación con la americana, incorporando leyendas, expresiones y modismos regionales a su selección de autores y movimientos literarios, y en respuesta a su diagnóstico de desnacionalización cultural, cosmopolitismo e internacionalismo.

Palabras clave

Tradición nacional- Historia- enseñanza de la historia- nacionalismo e indianismo-mito heráldico.

Al conmemorarse los primeros cien años de la vida independiente, Ricardo Rojas emergerá en el campo cultural argentino en medio de un debate acerca de las marcas de la tradición y sus vinculaciones con la americana. Con su “*filosofía de la argentinidad*”, conformada por las obras en las que reflexionaba sobre la nacionalidad: *La restauración nacionalista* (1909), *Blasón de plata* (1910), *Argentinidad* (1916) y *Eurindia* (1922) quería responder a la pregunta que Domingo F. Sarmiento formulara en 1883 en *Conflictos y armonías de las razas en América*: “¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde, bueno es darse cuenta de ello”. En sus respuestas buscaba desarticular la antinomia sarmientina con la que ese escritor había intentado oponer el componente nativo del extranjero. El subtítulo de *Blasón de Plata*, “*evocaciones y meditaciones sobre el abolengo del pueblo argentino*”, daba cuenta de la revisión que emprendería sobre el pasado nacional, su origen y transformación.

Las ciencias humanas recientemente constituidas, recorrerán sus páginas. Su Historia combinará el modo narrativo del pasado, los aportes contemporáneos de la antropología, la geografía epónima, las leyendas y el folklore. El predominio de la literatura convertirá su relato de cinco siglos de historia en epopeya.

La interlocución que Rojas abre desde *Cosmópolis* es con Sarmiento y Alberdi, la “generación de románticos” que habían planeado convertir Buenos Aires en la “Atenas del Plata”. Y lo hará en medio de un presente que sólo le permitía distinguir una Babel “mercantilista y compleja”, desnacionalizada, cosmopolita, “ciega y corrupta”, que se había convertido en una amenaza nacional, ahogando el ideal espiritual, sin alcanzar “el triunfo del

pensamiento y la belleza” esperado por los románticos (Rojas, 1908: 6-7). Al contrario, un programa civilizador y materialista importado de Norteamérica se estaba imponiendo: “Era necesario crecer, crecer, crecer siempre, en una suerte de cosmogónica potencia, y ello daba a este erigir de torres nuevas sobre viejos escombros, no sé qué sensación de bíblicos orgullos que parecían llevar en su propia victoria una profecía de invisibles castigos” (Rojas, 1908: 7)

Con su literatura patriótica, Rojas emprenderá la superación de esa barbarie *desnacionalizadora*. En el prólogo de su obra, presentará *Cosmópolis* como el “fruto de una propaganda cívica y estética” destinada a fortalecer la cohesión del americanismo y “servir en mi país al advenimiento de una civilización idealista” (Rojas 1908: VIII). Su texto comienza tempranamente a dialogar la tradición castiza regeneradora, presente en la “República mundial de las letras” (Pascale Casanova 2001) españolas anclada también en el ideal y en el despertar de dicha tradición en las naciones americanas con quienes comparte Argentina los mismos “procesos colectivos”.

Su literatura no estará sólo dirigida a los argentinos sino también a los americanos cuyos recuerdos de las luchas por la emancipación compartían, y a los extranjeros que venían a poblar el país. Así lo presentaba en *Blasón de Plata*, los primeros “falange solidaria en el anhelo continental que las inspira” (Rojas 1954: 9), los segundos porque los alentaba una aspiración de trabajo, prosperidad y nacionalidad de sus hijos. Con su obra buscaba también reconciliarse con el pasado hispano, afirmando su legado colonial en el presente argentino haciendo predominar en esa búsqueda, la fraternidad con las corrientes fundacionales de la etnia del Plata.

El texto precursor *La tradición argentina* de Joaquín V. González articulaba el núcleo de su diagnóstico y preocupaciones, pues como veremos, en 1936 como su maestro vincularía el alma nacional al territorio, la raza y la memoria de los pueblos.

Desde el punto de vista social, estas reflexiones intelectuales que abrevaban en un nacionalismo cultural, fueron concomitantes con un proceso de profesionalización del escritor argentino, iniciado con el siglo: “Los literatos, que ya no son generales, ministros ni embajadores, se hacen pedagogos del nacionalismo del Estado o de los saberes del buen gobierno para hacerse escritores. Esperan e imaginan en sus textos que, en tanto poetas, han de ser naturalmente los proveedores discursivos o espirituales de las políticas del Estado”, explica Miguel Dalmaroni (2000: 7). Si bien la independencia con respecto a la política no ha sido completa, pues muchos de ellos seguirán ocupando cargos públicos, su discurso se autonomiza del favor estatal para ver contemporáneamente la creación de una “República de las Letras” con algunos hitos fundamentales: la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras presidida por R. Obligado en 1986, un proyecto para crear la Sociedad de escritores en 1908 y la apertura de la cátedra de Literatura Argentina a cargo del mismo Ricardo Rojas en 1912. Su perfil itinerante y los viajes que estimulaban la imaginación de estos escritores y los llevaban a bucear en las tradiciones y novedades europeas, lo convertirán en un ciudadano de la “república mundial de las letras” (Pascale Casanova 2001) “importando modelos” (Ramos 1989) y conceptos pero ajustándolo a la realidad nacional. El viaje intelectual (Colombi 2004) permitirá a los escritores argentinos traducir normas, valores, prestaciones y experiencias para pensar su propia condición y la del continente americanos. Es un “desplazamiento” (James Clifford, 2003) para el que espera una ganancia –material, espiritual o científica-, y que involucra la obtención de un conocimiento. *La restauración nacionalista* (1909) puede ser pensada como un libro de viaje, producto de esos desplazamientos, importaciones y ganancias.

De modo particular, atenderemos a su concepción de *la historia y el oficio del historiador* en la vida nacional argentina a través de sus ensayos *Cosmópolis* (1908), *La restauración nacionalista* (1909) y *Blasón de plata* (1910) presentes en sus reflexiones acerca de una política cultural genuina nacional. Entendemos que estas ideas fueron las articuladoras de un nacionalismo culturalmente mestizo y abarcador, que emanó de su particular apropiación del sentido unamuniano de “*intrahistoria*”, una historia “eterna”, siempre presente portada por los grupos y perpetuada por actores anónimos a lo largo de los siglos, y emanada del lugar y la

naturaleza. Este sentido de la historia le permitió a Ricardo Rojas forjar una representación de duración en el tiempo para la historia patria, una tradición sentida e imaginada por la comunidad –argentina- que se iba a referenciar, y lo llevará además a reflexionar acerca de las marcas de este pasado en la literatura y la lengua nacional y su imbricación con la americana, incorporando leyendas, expresiones y modismos regionales a su selección de autores y movimientos literarios, y en respuesta a su diagnóstico de desnacionalización cultural, cosmopolitismo e internacionalismo.

Sus obras serán también una reflexión acerca del método histórico cuyas técnicas, precisiones y postulados de la escuela metódica francesa y el historicismo *rankeano*, abrazará presentando los alcances de una *historia verdadera* y examinando su vinculación con la formación de una generación de jóvenes patriotas, impregnados de contenidos cívicos aprendidos de la historia nacional y componente central de los rituales escolares.

Los usos del pasado y el sentido de la historia. Las formas del pasado y el oficio del historiador

Un texto precursor *La tradición argentina* de Joaquín V. González articulaba el núcleo de su diagnóstico nacional y la filiación de la tradición con el territorio. Esta fuerza del lugar marcaría el nacimiento del alma de las naciones, con sus diferencias y similitudes:

Cada una de las regiones imprime en el alma de sus moradores su sello propio, -la consagración y el bautismo de la naturaleza sobre sus hijos-, cada una tiene su poesía, su música, sus tradiciones, su religión natural y la concepción peculiar del arte y de la vida misma; y las influencias de estos elementos físicos, formando la fuerza motriz latente de cada hombre, de cada familia, de cada tribu, de cada raza, están destinadas a producir las grandes evoluciones que la historia recoge después, que la filosofía analiza, que la política dirige y encauza...” (González 1936: 30)

De ese modo, las naciones no poseían un acta de nacimiento determinada sino que evolucionaban lentamente como el desenlace de una saga nacional cuyo espíritu colectivo se iba acumulando en la tradición argentina. Su obra que asignaba al medio y el ambiente el núcleo formador del carácter de una nación, tomaba los aportes de la Hipólito Taine como historiador, quien en *Los Orígenes de la Francia contemporánea*, obra publicada en seis volúmenes entre 1876 y 1893, elaboró un “contrarrevolucionario” examen historiográfico de los primeros cien años de la Revolución Francesa tras su derrota en la guerra franco-prusiana de 1871 (Devoto 1992: 14-17). Como éste, aquél intentará aplicar las constantes psicológicas y ambientales, presentes en el arte, la literatura, la psicología social, el derecho, etc.

Joaquín V. González ensayará un método, el mismo que importará de las fuentes francesas positivistas, que definía como “la investigación de los fenómenos sociales en su fuente –la naturaleza-” (1936: 33), el medio, y el reconocimiento de las leyes que los produjeron. La tierra ejerció su influencia invisible, mientras las razas que entraron en contacto con la conquista –el otro componente de Taine-, se amalgamaron física y culturalmente (1936: 73). Quien habla en la historia es el mismo pueblo, su propia raza, protagonista de triunfos y fracasos, “que ha combatido y brillado en la historia” (1936: 74). En este sentido, la revolución de 1810 será el producto de la confluencia de la fuerza de las razas con el “momento psicológico”: una “ley ineludible del mundo” que leída en clave de progreso, fue preparada por “generaciones pasadas, que han ido legando a sus hijos la herencia de sus ideas y de sus sentimientos, hasta que ... la unidad de los elementos revolucionarios, rompen el molde antiguo y estrecho que los contenía y estallan en creaciones nuevas sobre las ruinas de las formas pasadas” (González 1936: 153).

Regulada por leyes de contingencia natural, en el mismo texto se hará intérprete del positivismo francés en boga en América presentando la fuerza de la tradición, “formada por el

sentimiento y la pasión de la masa social y por la comunidad de destinos; es un elemento histórico y filosófico para explicar los grandes acontecimientos, es la historia misma de los pueblos que no tienen historia, arraiga en el corazón y en la inteligencia, y refleja el genio de la raza que le ha dado vida” (González 1936: 157), anticipando el concepto de intrahistoria de Miguel de Unamuno que tendrá otros desarrollos posteriores.

En medio de esta dialéctica Joaquín V. González enfrentará también una historia heroica, triunfalista y patriótica difícil de ser recordada, que “se desenvuelve al mismo tiempo que los grandes acontecimientos de la vida política” con la conciencia y el pensamiento de las razas cuyas tradiciones, “afectos e impresiones íntimas” aparecen revelados en las profundidades de los relatos anónimos y leyendas. Allí el historiador encontrará la “verdad” de lo ocurrido, que es la toma de conciencia de lo vivido y sufrido por sus antepasados y su continuidad en la vida presente a través de la elaboración de un “juicio sintético” (1936: 181-183).

En *Mis montañas*, obra de 1893, Joaquín V. González elaborará un mosaico de ese pasado nativo, provinciano, vinculado a la tierra y al paisaje, caracterizado por la bondad de sus pobladores ignorados y la supervivencia del indio derrotado; una tierra majestuosa y real que sirve al poeta de refugio al desconsuelo de la vida civilizada. González elige no hablar del caudillismo ni de las guerras civiles que tuvieron a las provincias como actores. En su texto presenta los confines lejanos de la patria, como el lugar donde “viven y surgen perenne las fuentes de las grandes creaciones, de la virtud sin cálculo, del sentimiento argentino nacido de la tierra”, el sitio donde se encuentran las bases de la regeneración nacional (1893: 38).

Sus visiones y descripción del ambiente de provincias lo presentan como un lector de la literatura del desastre español de 1898, principalmente los textos de Rafael Altamira, Joaquín Costa, Ángel Ganivet y Miguel de Unamuno, ensayos que combinando perspectivas krausopositivistas, de corte ético e intelectual con un enfoque pragmatista y sociológico buscaron la solución al problema de España importando modelos de nacionalización sobre todo de la III República francesa por la vía pedagógica, y el examen y la difusión del pasado nacional (Álvarez Junco 1998: 407 ss; Cacho Viú 1997; Fox, 1997; Laín Entralgo 1998: 295-300; Serrano 1998: 337-340).

Detrás de sus descripciones impresionistas e intimistas, cargadas de color local que expresaban la emoción ante el paisaje, Joaquín V. González encuentra una explicación a la desnacionalización. Esta fuga hacia su tierra natal tuvo una importancia cognoscitiva principal que explicaba el giro copernicano que a finales de siglo se anunciaba con relación a las certezas y verdades del positivismo: el rescate de la intuición individual y la revelación sensorial sobre la razón que acompañaría su particular apropiación de las fuentes españolas noventayochistas (Cacho Viú 1997: 58), en su intento de alcanzar por medio del intelecto, los caracteres preexistentes de las masas de los que emanaban las leyes, el arte, la historia. Esta última en particular revelaba “desiertos inconmensurables con oasis regeneradores”, “laberintos sin salida con valles de verdor eterno”, permitiendo afirmar que “los pueblos que se salvan, marchan con la mirada fija en las cimas y el pensamiento en el ideal”. Si el problema nacional estaba planteado por la mala política y la disociación territorial, la salvación del porvenir debía encararse como un movimiento intelectual “como signo de redención” y empleará el “pensamiento como arma invencible” vinculando los destinos de la nación a los del continente (González 1893: 190).

Por su parte, Ricardo Rojas se mostrará permeable a las concepciones de Joaquín V. González acerca de la tradición nacional, la influencia del medio y los componentes de la raza. Así en *Cosmópolis*, al examinar las bases del patriotismo nos presentará una crítica de la historia enseñada: una historia externa, triunfal, episódica basada en grandes protagonistas (Rojas 1908: 25), donde el pueblo se vio escasamente representado. Para superar esas visiones arcaicas del pasado explorará otros estilos y formatos de presentación.

En *Blasón de Plata* (1910) el género elegido será literario: “Libro de amor, de poesía y misterio, de revelación y de esperanza –libro sin dogma ni retórica” (Rojas 1954: 10). De

inspiración y afirmación patriótica: “buscó mi pluma realzar con él para el Centenario de nuestra emancipación, una afirmación de patriotismo, en armonía con un noble ensueño de fraternidad”. (Loc. cit. ibídem). En su presentación, no evitará introducir referencias a su subjetividad y parcialidad: “escrita con entusiasmo” (Rojas 1954: 11), “obra de un hombre apasionado” (1954: 12), nacida de su “propia entraña, toda viviente de emoción y de fe”, “obra de un místico que confiesa su fe en las ideas y en el obscuro influjo del alma sobre las formas de la vida”, es el libro “un sacrificio y una confesión” (Loc. cit. ibídem).

Ricardo Rojas se referirá a su obra como un texto difícil de adscribir a algún estilo de literatura histórica o sociológica: “No sé si es éste libro de moral o de historia o de política, aunque en tales materias me discipliné, y a ellas pedí su documentación, por cierto escrupulosa” (1954: 11). De ese modo, se introduce en el seno de una discusión en boga por aquellos años en la Francia republicana acerca del oficio del historiador y el nacimiento de la corporación de historiadores profesionales, y que había sido el núcleo de la crítica a Taine (Devoto 1992: 28-29; Langlois-Seignobos 1972): la consolidación del método filológico- retrospectivo (presentado por el alemán Ranke y retomado por Langlois y Seignobos para la escuela francesa), la crítica de fuentes -que en ella no aparecen y que el lector (de Historia) extrañará-, y la búsqueda de la verdad que el yuxtapondrá a “verídicas anécdotas”. *Blasón* será un libro nacido de la observación del pasado en el presente: “en la contemplación y meditación de los propios paisajes natales y de los rasgos autóctonos que las tierras nuevas imprimen en los seres que crean” (Rojas 1954: 11).

Sin embargo, no dejará de hacer Historia nacional: la crítica hermenéutica de relatos de primera mano será su principal punto de partida aclarará, aunque omita en la presentación de su ensayo las referencias escritas que fueron utilizadas. “Me han servido de fuentes los cronistas contemporáneos, o actores de los sucesos que narro: esto y mis obras anteriores garantizan de sobra mi probidad, pues he querido por elegancia prescindir de las notas marginales que entorpecen el texto” (Loc. cit. ibídem).

Con *Blasón...*, Ricardo Rojas reforzará la idea de un sentimiento nacional que podía ser aprendido a partir del conocimiento del pasado, concepción que compartía el propósito magistral de Civismo que los historiadores profesionales franceses atribuían a la enseñanza de las historias nacionales. De ese modo afirmará: “no he buscado componer una obra doctrinaria o conceptual, o didáctica, sino un libro de pura emoción, que, como los libros heráldicos, reavivase, por la leyenda o la historia, el orgullo y la fe de la casta” (1954: 11).

Con el propósito de conciliar el conflicto social, político y cultural que acompañaba el Centenario como consecuencia de la inmigración aluvional y la llegada de ideas exógenas, buscará en la “bruma legendaria y remota del pasado americano” los caracteres genuinos de la nacionalidad: “desde la más antigua leyenda indígena hasta la historia de la independencia, proponía Rojas, todo lo nos antecede viene a demostrar que nunca hemos sido otra cosas que una cultura de migración” (Dalmaroni 2000: 1). Las “leyendas, creencias supersticiosas y patrañas de indios” funcionarán como “objetivaciones quiméricas de la esperanza” que “generaron la acción” (Rojas 1957: 22-23, 35, 38, 96 en Dalmaroni 2000: 2). Quimera y realidad, ilusión y desafío, el misterio de estas tierras australes, seguía aún vivo en los umbrales de la Revolución presagiando la gloriosa fundación de la “ciudad encantada” que iba a alcanzar “un nuevo ideal americano” sobre las Indias emancipadas: Buenos Aires.

De esa manera, quedaría conformada por los españoles la delimitación geográfica “natural” de la nación argentina: “Incorporadas al Plata las extensas comarcas que le pertenecían, no sólo como un patrimonio económico, son como una salvaguardia política, la patria ha definido sus fronteras entre límites naturales o líneas imaginarias dirimidas en paz (...) *el solar generoso de la estirpe argentina*” (Rojas 1954: 39).

Las provincias que se unificaron para la vida independiente tendrán así su casa y solar, pero se formaron a espaldas de los naturales del país, de quienes apenas quedaron monumentos, marcas territoriales y referencias en las crónicas indianas. Rojas realizará en *Blasón...*, la invención de un panteón nacional que deberá incluir no sólo a los españoles sino

también a los nativos y recibirá con aplausos la nueva ciencia antropológica, la arqueología y la etnología que se ocupa de los restos materiales de los indígenas para ganar precisión y conocimiento e inspiradas, como la historia por aquellos años, en la búsqueda de la verdad (1954: 45).

En esa genealogía los indígenas se convirtieron en ancestros y antepasados y las metáforas materno-filiales inundaron el discurso: son “hermanos en la comunidad de la patria” que el territorio nacional los ha cobijado como un “suelo materno” y que como “nosotros” lo han defendido. La traslación ellos-nosotros integrará la diferencia entre los pueblos originarios y la raza europea.

Pero la fuerza immanente de la tierra dio lugar al “criollo”, la epopeya de nuestra independencia. “Los poetas” han evitado el “olvido” haciendo renacer esta tradición indígena en la comunidad del suelo. Su presencia se tornó “espíritu” y quedó en los montes y las pampas. Las leyendas fueron recuperadas haciendo vibrar nuevamente el “amor a la patria”. La historia se nutrió así de tradiciones folklóricas que arraigaban en el pasado prehispánico y que la conmemoración de los cien años de la emancipación, hicieron renacer con los ideales de fraternidad.

Con esta operación quería sortear el falseamiento de la historiografía liberal nacional:

Ha sido error sagaz generalizado entre nosotros ese de que el indio argentino fue totalmente exterminado por la saña del conquistador, o pereció lentamente en los padecimientos de la servidumbre colonial. Así hemos llegado, con grave falseamiento de la historia a creernos un pueblo de pura raza europea, olvidando que la emancipación, salvo escaso número de los dirigentes, fue realizada por el cholo de las ciudades y el gaucho de la campaña, mestizos a quienes el nuevo dogma beneficiaba. (Rojas 1954: 74)

El componente étnico indígena fue además falseado con los empadronamientos de la república, “hispanizando, cristianizando y castellanizando” sus nombres con lo que se consumó su exclusión dentro de la historia nacional. Su indianismo intentará superar esta falacia incorporándolo a la “estirpe argentina”.

El texto de Rojas tendrá por destino asumir una tradición heredada de Mayo de 1810 que había inventado el *mito criollo* acerca del origen de la nación, negando la presencia indio, el primer poblador del continente y presentando al español como elemento retrógrada, síntesis del pasado colonial: “El prejuicio caucásico acerca de los indios y el error patriótico acerca de los españoles, han dividido de tal modo la sucesión de nuestras épocas, que la historia y el arte luchan por restablecer en ellas el hilo de la continuidad” (1954: 140). La empresa de Rojas será conciliar ambos componentes, indígena y español en la historia del continente, superando el falseamiento inicial de la historiografía nacional.

Ricardo Rojas y La restauración nacionalista (1909) en la “República mundial de las Letras”

Si las ideas de Taine se hicieron presentes anticipadamente en *La tradición nacional* de Joaquín V. González, será en el contexto del Centenario Argentino, con sus revisiones decadentistas y sus pronósticos catastrofistas del porvenir nacional, donde encontrarán su plena realización. La construcción de un nacionalismo liberal, de corte culturalista fomentará la formación de la literatura y la historia nacionales, y permitirá transitar los primeros pasos hacia la profesionalización y despolitización del escritor y el artista.

Según Pascale Casanova, “el capital literario es nacional” y “existe en relación de dependencia con respecto al Estado y a la nación” pero el estímulo para su surgimiento es “internacional” y obedece a las luchas políticas entre naciones una “geopolítica literaria” porque “nada es más internacional que el Estado nacional” (2001: 56-58). “Ahora bien, la estructura de las luchas nacionales en el mundo permite dibujar un espacio de rivalidades y de competencias

mucho más complejo, un conjunto de luchas que pueden tener objetivos y capitales diversos: el combate puede ser literario, político, económico” (2001: 58).

Este proceso no es un hecho aislado para los escritores argentinos que experimentaron sobre 1910, en pleno contexto del clima del Centenario, una “despolitización” similar a la producida en Europa a partir de los años setenta del siglo XIX por la cual la escritura se desprendería del dominio de las instituciones estatales que ha contribuido a legitimar e instituir (Altamirano y Sarlo 1997: 161-199; Gálvez 1961: 38-39; Payá y Cárdenas 1978: 19 y 32, nota 12). Un conjunto de recursos literarios específicos (técnicas, estilos literarios, nuevas estéticas, mutaciones narrativas o formales) conformarán la historia propia de cada literatura y permitirán alcanzar la autonomía del “espacio literario, conquistar su independencia y sus leyes propias de funcionamiento dentro de las naciones políticas definidas” (Casanova 2001: 59). Cuando logre deshacerse de la dependencia política sólo admitirá su propia autoridad: la de “aristocracia” con poder específico capaz de “decidir lo que es literario, y consagrar con seguridad a todos aquellos a quienes designa como escritores” (Larbaud 1936: 11 cit por Casanova 2001: 37), teniendo en cuenta normas explícitas y transparentes para dar valor literario bajo cuya aplicación, funcionarán como jueces (Casanova 2001: 38-39). De ese modo se sentirá libre para abandonar las luchas y prescripciones nacionales y se verá regulada por las leyes específicas de la literatura. Esa despolitización irá a la par de su vinculación intelectual y personal con otros escritores españoles y americanos en el caso de Ricardo Rojas.

Rojas viajó a Europa, enviado por el Ministro de Instrucción Pública Federico Pinedo para estudiar la situación de los estudios históricos en los estados del viejo continente, un “problema relacionado con los vitales intereses de nuestra nacionalidad” (1909: 9), pero fue su sucesor en el cargo Rómulo Naón, quien le encomendó la elaboración del informe que dará lugar a *La Restauración Nacionalista* en 1909. Su “empresa intelectual” tendrá como fundamento su patriotismo y compromiso por el futuro de la nación, vinculándolo de manera principal con la enseñanza de la Historia y las ciencias humanas. Este viaje que realizará en 1908 comprenderá Inglaterra, Francia, Alemania, España e Italia países a los que les dedicará capítulos específicos de su obra para cerrar su libro con su presentación de las “*Bases para una restauración histórica*”.

En sus primeras páginas reconocerá los aportes de Fustel de Coulanges e Hippolyte Taine en la importancia asignada a la descripción del ambiente y las razas. Sin embargo, abrazará las técnicas y precisiones del método crítico y los postulados de la escuela metódica francesa y el historicismo rankeano, presentando en su obra las reglas de alcance de una *Historia verdadera* “que con la ayuda de numerosas ciencias auxiliares, comprendió el territorio y su influencia sobre el habitante, la raza y sus transformaciones, las ideas y sus formas estéticas ó religiosas, el héroe y las muchedumbres, el gobierno y la familia, las costumbres y la ley” (Rojas 1909: 23-24). Con esta operación abandonaba parcialmente la trilogía de Taine, para cambiarla por reglas seguras, y se sumaba al debate que dos décadas atrás, habían mantenido los “jóvenes lobos” con “los antiguos” en los primeros números de la *Revue Historique*, órgano principal de difusión de la escuela metódica francesa.

En su primer capítulo seguirá sentando las bases de la verdad histórica, adhiriendo los postulados del debate Simiand-Seignobos que había tenido lugar en la *Sociedad Francesa de Filosofía en 1901* (Noiriel 1997: 214-222). Como Seignobos, considerará que la “Historia no es ni puede ser ciencia” porque la subjetividad y la imaginación del historiador siempre iban a estar presentes, al tratarse de un conocimiento indirecto, por huellas (Prost 2001: 66-89, Langlois-Seignobos 1897; Langlois-Seignobos 1901). Asimismo, los hechos particulares que la historia debía abordar no podían ser explicados por leyes de ocurrencia factual ni anticipados: “La ciencia requiere hechos susceptibles de comprobación objetiva, y después conocimientos susceptibles de organizarse en sistema y de fundarse en leyes. La historia carece de tales hechos, desde que sólo se nos alcanza del pasado una sombra mental, una reconstrucción que es siempre imaginativa” (Rojas 1909: 26-27).

Sin embargo, reconocerá que como disciplina tendrá un papel fundamental en la formación de jóvenes patriotas: educar la inteligencia y la memoria, fomentar la imaginación y el juicio certero. La función principal de la historia, recordará, había sido desde la Antigüedad la enseñanza *-magistra vitae-* a través de la narración de hechos memorables y la glorificación del heroísmo: “La historia está llena de sugerencias morales”, de hechos y personajes ejemplares (Rojas 1909: 30-31).

A comienzos de la *III República*, Ernest Lavisse había elaborado el dogma de la historia patria enseñada a los niños con la finalidad de educar en el patriotismo y la exaltación de las glorias imperiales. El profesor de Historia debía ser un “moralista” que evitará “dogmatizar, declamar, predicar” y detenerse ante “gentes honestas cuando las encuentre a su paso” (Rojas 1909: 32).

En el rescate de Rojas a Lavisse, señalará su contribución poderosa a la renovación de la pedagogía histórica, convirtiendo además la enseñanza de las “humanidades modernas” en el núcleo central de la enseñanza primaria superior, vinculando la historia a la geografía, manteniendo la preponderancia del maestro sobre el libro y convirtiendo a la historia no ya en una ciencia de la observación sino de razonamiento indirecto a través de las fuentes (1909: 175). En su selección de contenidos, fija la atención en la Francia de los galos y los francos hasta la Francia contemporánea de la *III República* elaborando así una explicación genética y en secuencia de continuidad.

Para los franceses, la observación del caso alemán –a cuyas universidades muchos de los metódicos como Lavisse irían a estudiar- se había convertido en una poderosa enseñanza de patriotismo: “el recuerdo de Sedán continúa alimentando el prestigio de la casa prusiana y de la Prusia vencedora” (Rojas 1909: 36). La *Debaçle* les había permitido comprobar que fue gracias a la educación histórica que estos últimos se convirtieron en un pueblo poderoso y lograron imponerse con la fuerza de las armas.

Al examinar el estado de la ciencia histórica alemana a comienzos del siglo XX, destacará la homogeneidad nacionalista alcanzada por ese país luego del “desastre” de Jena, la influencia de Fichte y sus *Discursos a la nación alemana* de 1808, que inauguró las bases de un idealismo humanitario y un reformismo pedagógico que ponía en las escuelas el papel promotor de las pedagogías nacionales para alcanzar la “reconstrucción nacional” (Rojas 1909: 204).

Siguiendo el caso alemán, Ricardo Rojas tomará de Bernheim el listado de las fuentes principales del pasado nacional: *la tradición oral* (narraciones, anécdotas, mitos, cuentos, coplas, canciones) a la que en un apéndice agregaría “el folk-lore”, *la tradición escrita* (inscripciones recordadas, medallas, lápidas funerarias, genealogías, calendarios, anales, crónicas); los restos materiales *-la tradición figurada-* (huacas, momias, esqueletos, joyas, monedas, utensilios, restos de tumbas, fetiches y demás objetos de culto) a la que se referirá como “la más prolija que conozco” (Rojas 1909: 45).

De la “república mundial de las letras” tomará también la concepción del filósofo español Miguel de Unamuno de *intrahistoria*, expresada en el “*alma nacional*” y en las “*profundas corrientes de la historia*”. “A pesar del progreso y de los cambios históricos, hay en la vida de las naciones una *substancia intrahistórica* que persiste” (Rojas 1909: 60; Unamuno 1986 [1895]). En el pensamiento de Rojas, el *folklore* pasó a ser la expresión de esas constantes históricas que moran en la tradición eterna. Con la enseñanza de proverbios, cantos, leyendas, bailes pueden aprenderse normas morales. El folklore permitirá además conocer las bases consuetudinarias sobre las que descansan instituciones políticas, la literatura, la vida cívica.

Por su parte, esa tradición eterna permitirá a Unamuno filiar el pasado argentino y americano al español, afirmando que la independencia argentina fue el resultado de una “evolución íntima” anclada en la Colonia que se hizo presente en las provincias, con los caudillos, el elemento genuinamente nativo (Rojas 1909: 292). La enseñanza intrahistórica los llevaría a reconocer en los orígenes indígenas y españoles, la unidad de la nación

hispanoamericana dando lugar en esa síntesis conciliadora, a la reconciliación con la vieja metrópoli y su articulación dentro de un hispanismo liberal del que Ricardo Rojas fue con Manuel Gálvez su principal promotor:

Busquemos en España y en los pueblos indígenas de América los gérmenes de las sociedades coloniales, que la metrópoli organizara; hagamos ver que si las formas de los regímenes políticos frecuentemente se rompieron generando otros nuevos, por dentro de esas formas la vida 'intrahistórica' de las generaciones siguió sin interrumpirse, elaborando, con las fuerzas de la naturaleza, el principio primitivo y divino de nuestra nacionalidad... (1909: 294).

Siguiendo este basamento intrahistórico centrará las bases de una educación neo-humanista y nacionalizadora en la enseñanza de la Historia y las Humanidades: "En pueblos nuevos y de inmigración, como el nuestro, *la educación neo-humanista deberá tener por base la lengua del país, la geografía, la moral y la historia moderna*" (Rojas 1909: 65), propuesta de educación humanista que vendrá a superar la *desnacionalización desintegradora, el materialismo e individualismo* como ya lo había diagnosticado en *Cosmópolis* un año antes:

El cosmopolitismo en los hombres y las ideas, la disolución de viejos núcleos morales, la indiferencia para con los negocios públicos, el olvido creciente de las tradiciones, la corrupción popular del idioma, el desconocimiento de nuestro propio territorio, la falta de solidaridad nacional, el ansia de la riqueza sin escrúpulos,... la venalidad del sufragio, la superstición de nombres exóticos, el individualismo demoleador... comprueban la necesidad de una reacción poderosa a favor de la conciencia nacional y de las disciplinas civiles. (Rojas 1909: 87 e. s. e. p.)

Finalmente, en *La Restauración Nacionalista*, Ricardo Rojas atacará el fundamento del sistema educativo liberal, normalista, des-confesional y laica: la libertad de enseñanza aprobada por la Constitución de 1853 que había llevado a una proliferación "sospechosa" de escuelas particulares, verdadero germen de "disolución nacional": a) "escuelas dependientes de congregaciones internacionalistas", principalmente católicas; b) "escuelas dependientes de colonias extranjeras"; c) escuelas sectarias protestantes fundamento de "fanatismos exóticos"; d) escuelas de empresarios ó sociedades anónimas; e) escuelas de *propaganda acrática*, f) *escuelas judías, dependientes de sinagogas y sindicatos europeos* (en Buenos Aires y Entre Ríos). Todas ellas eran incapaces de fundirse en la nacionalidad y la vida política argentinas, promoviendo los separatismos, credos racionalistas, anti-estatales, "iglesias nómades y familias teocráticas" (1909: 336-7).

Blasón de Plata: obra de Indianismo.

Ricardo Rojas había anticipado en *Cosmópolis* la importancia atribuida al territorio dejando sentada las bases de un nacionalismo civil: así antepondrá la supervivencia del localismo regional ("patriotismo municipal") a los intereses nacionales, vinculándolos a la defensa de los intereses económicos e independentistas arraigados en la tradición y el territorio. Basándose en la experiencia de los países europeos que tuvieron su origen en comarcas feudales, arriesga un planteo acerca del nacimiento de las naciones, vinculándolo al enfrentamiento (bajo una "ley física") de dos tendencias antagónicas. Para él es un sentimiento que como en el feudalismo arraigó en la fuerza federal oponiéndose a la fuerza unitaria de la monarquía (Rojas 1908: 14-16). Las naciones modernas han nacido cuando una tendencia logró equilibrar a la otra: "Siendo el federalismo fuerza centrífuga y fuerza centrípeta el unitarismo, las naciones se constituyen cuando han hallado la armonía de ambas tendencias, siguiendo la razón del territorio" (Rojas 1908: 16-17).

Presenta además una definición de “nacionalidad” ligada a la psicología social, el nacionalismo voluntarista de Renán, y a su deriva bergsoniana, centrando sus postulados en el concepto de memoria. “El concepto de nacionalidad es para las agrupaciones de hombres equivalentes á la conciencia del ‘yo’ para los individuos” (Rojas 1908: 17). Como la personalidad de los hombres, esa conciencia se ha formado de la unidad en el tiempo y en el espacio, de esas experiencias que la conforman.

Memoria y materia opuestas por Bergson serán las claves de una misma comprensión inteligible. La nación dejará de ser puro instinto, pura inmanencia para transformarse en una realidad concreta “corporal” de límites definidos afincada en el espacio: “El *cuerpo de una nación* es su territorio, con los sembrados, los bosques, los ríos, las montañas y pueblos que en él se yuxtaponen y que cada habitante conoce por los viajes interiores y por las dependencias que rigen su vida económica, ò se por la geografía del país.” *Memoria de una nación* será la conciencia de un pasado cuyas experiencias aparecen acumuladas en el presente: “La noción de unidad colectiva á través del tiempo, la sabe por el recuerdo de sus propios antepasados, por la tradición, la literatura, la leyenda, el folk-lore ó sea por su historia” (Rojas 1908: 17-18).

Esta fuerza centrípeta, localizadora contribuyó a formar el “alma colectiva” dentro de una misma raza y continente. Sobre este elemento nacerá la soberanía política, el sentimiento de un pueblo a auto-gobernarse. Su adhesión a la concepción voluntarista y plebiscitaria de la nación, elaborada por Renán en la década de 1870 que articulaba un nacionalismo cívico, aparecerá en estas líneas: “Quiere esto decir que si la soberanía política define la nacionalidad, es la solidaridad de cada grupo humano, con su propio territorio, lo que la crea, y el conocimiento de su geografía, de su historia y su destino lo que fortalece la conciencia colectiva de esa misma nacionalidad” (Rojas 1908: 29).

Cuando tome el “folk-lore”, lo presentará como la emanación del alma nacional, presente en los “mitos, leyendas, refranes, adivinanzas, tradiciones, fábulas, poesías” (Rojas 1908: 31), ideas a las que, como vimos, volverá en *La Restauración Nacionalista*. Estas tradiciones aparecen dispersas por el territorio nacional sin un plan integrado que las rescate y unifique, que se ocupe de registrarlas y difundirlas. “Suma de pensamiento nacional”, esas tradiciones que constituyen la “savia del espíritu nativo” son la emanación del sentimiento colectivo, de la historia interna o intrahistoria (en el sentido de Unamuno) que emana de su sangre y de su alma, forman el sustrato principal del carácter nacional: “si de la fusión de tantos elementos extraños (...) no resulta un tipo nuevo (...) podremos caer en la triste ralea de los pueblos híbridos y conquistables” (Rojas 1908: 38).

En el prefacio de *Blasón de Plata*, Rojas presentará los contenidos de su nacionalismo indiano dirigiendo al público una advertencia:

Habla, pues, en sus páginas –y por instantes canta- la conciencia del país, esa fuerza territorial de nuestras Indias, que he bautizado con el nombre de ‘indianismo’, y definido en este rápido esbozo. Denme los argentinos su simpatía, y me habrán dado una parte de lo que necesito para continuar esta desinteresada tarea, en obra más digna de su atención y de su aplauso (1954: 11).

Su obra será de conciliación nacional “de todas las fuerzas progenitoras dentro de la emoción territorial”. Asumir los dos componentes raigales de la tradición y la raza para restituirlas en el bronce del panteón nacional bajo la fecundidad prodigiosa de esos cuatro elementos –la tierra, la fraternidad, la libertad, el idioma- (Rojas 1954: 143), obra espiritual que llevará al renacimiento del alma argentina.

Además de conciliar los dos componentes raigales, *Blasón de Plata* intentará colocar la historia continental en las coordenadas de la auténtica tradición indiana, asumiendo una posición libre de prejuicios, en defensa de la verdad:

Los americanos se verán impedidos de llegar a la convicción, si persisten en considerar la propia historia como una cosa discontinua, colonial y subalterna, pero no si la estudian con la autonomía de criterio que el indianismo aconseja, libre de toda servidumbre intelectual o preconcepción europea (Rojas 1954: 145).

El libro dará su nombre a un escudo, insignia o *blasón* nacido de la fuerza integradora de la tierra que será defensa también frente a la influencia cultural y la dominación política y económica extranjera: “Los que ahora defendemos los continentes de los enemigos, traemos en nuestra fe la fuerza esclarecida del indianismo; antigua, disciplinada y segura como las fuerzas de la Naturaleza” (Rojas 1954: 140). Y agregará páginas después:

Restaurar nuestro blasón de plata, con el testimonio de viejos cronistas, en el instante en que ese pueblo afirma su conciencia colectiva e interroga su porvenir, es obra de verdadero indianismo, ya que tuvo la suerte de reunir cuna, bautismo y augurio en cosa tan estable con este accidente de su propio territorio (Rojas 1954: 17).

En ese accidente territorial arraigaron los principales mitos geográficos de América: el valle de Jauja, la ciudad de los Césares o el imperio del Amazonas siendo los tres “*mitos fluviales*”, fuente de leyendas indígenas y viejas quimeras (Rojas 1954: 17-18).

Ricardo Rojas volverá a los tópicos de Joaquín V. González: la tierra (“indiana”), la tradición nacional que arranca de un pasado remoto pre-hispánico, y la fuerza de la raza indígena latente y silenciada, pero presente en las provincias que lograron superar guerras civiles e integrarse al conjunto nacional:

La tierra indiana ha sido nuestra cuna y nuestro Blasón; la tradición argentina encuentra en ella su origen y su continuidad: se bautiza en las aguas natales de nuestro río, se nutre en el limo fecundo de nuestras pampas, se corona de luz en la cima inviolada de sus montañas, se embellece en la fuente de las leyendas territoriales que ha narrado, y tomando de la herencia incaica la única parte que le correspondía, finge azul y sol, bajo los cielos australes, la simbólica gloria de la bandera. (Rojas 1954: 152-3)

Estos formarán las columnas de los hombres de Mayo: “hombres color de tierra, de madera y bronce”, a los que se sumarán los criollos, descendientes de los españoles y los inmigrantes recién llegados de Europa para dar lugar a su vida como nación independiente.

Luego emprenderá una restauración de los símbolos nacionales: *la bandera y el himno revolucionarios*. Al contrario de las de las naciones europeas, “enrojecidas en la sangre de antiguos crímenes, o ennegrecidas en la sombra de inconfesables horrores, o tatuadas por la heráldica de la violencia, de la ignorancia o el error”, la bandera nacional fue el símbolo la tierra “no la divisa de un gobierno, ni de un partido político, ni de una dinastía reinante, ni de una secta religiosa” como lo eran en Europa: bandera azul y blanca de la Revolución y la justicia que se levanta contra el “trapo rojo que ha sido en América, enseña del crimen, del despotismo y de la barbarie” (Rojas 1954: 152 y 154).

De la misma manera, abordará el himno libertador e invitará a todos los que profesen credos democráticos a entonarlo. Como en el último cuadro de una obra teatral, esa columna de hombres libres (nativos, colonos e inmigrantes) a “cuyo frente flota y va la bandera de sol, de plata, la bandera azul, enseña de justicia, de redención y de paz” cantarán al unísono, superando viejos conflictos y tendencias disolventes (Rojas 1954: 155).

Bibliografía

Álvarez Junco, José (1998), “La nación en duda”. En: *Pan- Montojo*, Juan (coord.), *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*. Madrid, Alianza Editorial, pp. 405-469.

Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo (1997), “La Argentina el Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”. En: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires, Ariel Editorial, pp. 161-199.

Cacho Viú , Vicente (1997) “I. Crisis del positivismo, derrota de 1898 y morales colectivas”. En: *Repensar el noventa y ocho*. Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 53-75.

Casanova, Pascale (2001), *La República mundial de las Letras*. Barcelona, Anagrama- Colección Argumentos.

Dalmaroni, Miguel (2000) “Los indios argentinos descienden de los barcos (Sobre Blasón de Plata de Ricardo Rojas). *Orbis Tertius*, IV (7), FAHCE, pp. 1-8.

Devoto, Fernando (1992), “Taine y los orígenes de la *France contemporaine* en dos historiografías finiseculares. En: *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*. Buenos Aires, Editorial Biblos, pp. 11-45,

Fox, Inman (1997), *La invención de España*. Madrid, Cátedra.

Gálvez, Manuel (1961), *Amigos y maestros de mi juventud*. Buenos Aires, Librería Hachette, 1961.

González, Joaquín V. (1936) [1936], *La tradición nacional*. En: Obras Completas de Joaquín V. González. Edición ordenada por el Congreso de la Nación Argentina. Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, Volumen XVII. [1ª edición: Buenos Aires, Félix Lajouane, Editores]

González, Joaquín V. (s. f.) [1893], *Mis montañas*. Buenos Aires, Editorial Tor. [1ª edición: Buenos Aires, Félix Lajouane, Editor]

Lain Entralgo, Pedro (1998), “La reacción de los intelectuales”. En: Pedro Lain Entralgo y Carlos Seco Serrano (Editores), *España en 1898. Las claves del desastre*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 295-322.

Langlois, Charles V. y Seignobos, C. (1972) [1897], *Introducción a los estudios históricos*. Buenos Aires, La Pléyade.

Noiriel, Gérard (1997), *Sobre la crisis de la Historia*. Madrid, Frónesis-Cátedra, Universitat de Valencia.

Payá, Carlos y Eduardo Cárdenas (1978), *El primer nacionalismo argentino*. Manuel Gálvez y Ricardo Rojas. Buenos Aires, A. Pérez Lillo editor.

Prost, Antoine (2001), *Doce Lecciones sobre la Historia*. Madrid, Frónesis- Cátedra, Universitat de Valencia.

Rojas, Ricardo (1954) [1910] *Blasón de Plata*. 3ª ed. Buenos Aires, Editorial Losada.

Rojas, Ricardo (1908), *Cosmópolis*. I y III Serie. (s. l.), Tipográfica Garnier Hermanos.

Rojas, Ricardo (1909), *La Restauración Nacionalista- Informe sobre Educación*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

Serrano, Carlos (1998), “Conciencia de la crisis, conciencia en crisis”. En: *Pan- Montojo*, Juan (coord.), Op. cit., pp. 335-405.

Unamuno, Miguel de (1986) [1902], *En torno al Casticismo*. Madrid, Alianza Editorial.